

mundo vacío, y sin haber usado cosa alguna, nos hallamos desengañados de todo.

Es increíble lo amarga que hace la vida este estado del alma y cuántas vueltas y revueltas da el corazón para emplear las fuerzas que conoce lo son inútiles. Los antiguos han conocido poco ó nada esta inquietud secreta y esta aspeza de las pasiones abogadas que fermentan todas á un tiempo: una grande existencia política, los juegos del gimnasio y del campo de Marte, los quehaceres del foro y de la plaza pública ocupan todos sus momentos y no dejan lugar alguno á los enfados del corazón.

Por otra parte, no gustaban de las exageraciones, de las esperanzas, de los temores sin objeto, de la movilidad de las ideas y de los sentimientos, ni de la perpetua inconstancia, que es solo un disgusto continuo; disposiciones todas que adquimos con el trato íntimo de una vida.

Estas, pues, además de la correcta pasión que ocasiona en los pueblos modernos, influyen tambien sobre todos los demás sentimientos. Tienen en su existencia cierto abandono que hacen pasar á la nuestra; hacen que no sea tan firme nuestro carácter de hombre, y afinadas nuestras pasiones con la mezcla de las suyas, toman á un mismo tiempo cierta incertidumbre y ternura.

Por último, los griegos y los romanos no dilatando casi su vista mas allá de la vida, ni creyendo placeres mas perfectos que los de este mundo, no eran como nosotros llevados á las meditaciones y deseos por el carácter de su religion. La religion cristiana, formada para alivio de nuestras miserias y necesidades, ofrece continuamente el doble retrato de las posesumbres de la tierra y de las alegrías celestiales, y de este modo forma en el corazón un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de donde despiden extasis inagotables. El cristiano se considera siempre como un viajero que camina por un valle de lágrimas y descansa solo en el sepulcro. No es el mundo el objeto de sus deseos, porque sabe que *el hombre vive pocos días* y que este objeto se desaparecerá muy en breve.

Las persecuciones que experimentaron los primeros fieles, hicieron mayor su disgusto por las cosas de la vida. La invasion de los bárbaros echó el colmo á aquellas desgracias, y el espíritu humano recibió una impresion de tristeza, y tal vez un matiz de misantropía que aun no se ha borrado del todo. Por todas partes se erigieron conventos donde se retiraron los miserables enojados por el mundo, ó las almas que mas quisieron ignorar ciertos sentimientos de la vida, que no exponerse á verlos rendidos cruelmente. Pero en nuestros dias, cuando á estas almas fervorosas les han faltado los monasterios ó la virtud que conducía á ellos, se han encontrado como peregrinas en medio de los demás hombres. Distinguidas del siglo y asustadas por su religion, han quedado en el mundo sin entregarse al mundo, y han

llegado á ser la presa de mil vanas imaginaciones; entonces hemos visto nacer aquella melancolía callada engendrada en medio de las pasiones, cuando por falta de objeto se destruyen estas por sí mismas en un corazón solitario.

Admira que los escritores modernos no hayan pensado en describir esta posicion singular de las pasiones. Faltándonos ejemplos, no nos será permitido poner á la vista de los lectores un episodio como la *Atala* de nuestros antiguos Natches? Esta es la vida de aquel jóven René á quien *Chaclas* contó su historia. No es, por decirlo así, mas que una imaginacion, una pintura de la indeterminacion de las pasiones sin mezcla alguna de aventuras, fuera de un infortunio que sin producir sucesos considerables, sirve tan solo para castigar á René y para espantar á los hombres que entregados á inútiles desvarios huyen los cargos de la sociedad. Este episodio sirve tambien para probar la necesidad del amparo de los claustros para ciertas calamidades de la vida, contra las cuales no quedaria otro recurso que la desesperacion ó la muerte, si nos viésemos privados de estos retiros religiosos. De este modo los dos objetos de nuestra obra son hacer ver cómo el cristianismo ha modificado las artes, la moral, el talento, el carácter y aun las pasiones de los pueblos modernos, y de hacer ver cuánta es la sabiduría que ha dirigido las instituciones cristianas: este doble fin, repetimos, se encuentra desempeñado en la historia de René.

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DE LA POESIA EN SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES.

PROSECUION DE LAS PASIONES.

RENÉ.

Llegando René á los Natches, se habia visto en la precision de tomar una mujer por esposa, para conformarse con las costumbres de los indios; pero no vivia con ella. Una inclinacion melancólica le arrastraba á lo interior de los bosques; pasaba solo en ellos los dias enteros, y parecia salvaje entre los salvajes. Habia renunciado el trato de los hombres, excepto el de *Cha-*

1 *Atala* forma el libro VI del *Genio del cristianismo*. A este episodio, publicado por el autor algun tiempo antes que esta obra de que hace parte, le precede el libro de las *Armonías de la religion y de la naturaleza*, sirviéndole de prefacio, como el de las *Pasiones* lo es de René.

clas, su padre adoptivo, y el del padre Souel, misionero en el fuerte Rosalia. Aquellos dos ancianos habian tomado mucho imperio sobre su corazón, el primero por medio de una indulgencia amable, y el otro, al contrario, por una extrema severidad. Desde la caecia del castor, en que el ciego Sachelm' habia contado sus aventuras á René, no habia querido hablar este de las suyas. Por lo mismo Chaclas y el misionero deseaban vivamente saber en qué consistia que un europeo bien nacido tomase la extraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René se habia excusado siempre, pretextando el poco interés de su historia, que se cenía, segun decia él, á la de sus pensamientos y pasiones.

“Por lo que toca al motivo que he tenido para “pasar á la América, añadió, debo sepultarle en “un eterno olvido.”

Algunos años pasaron de esta manera, sin que los ancianos pudiesen conseguir les revelase su secreto. Por último, cierta carta que recibió de Europa por la via de las misiones extranjeras, rebolió su tristeza de tal manera, que huía hasta de sus antiguos amigos. Le volvieron á instar con mas ardor para que los desembrase su corazón. Usaron para esto de tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se vió obligado á satisfacerles. Convino, pues, con ellos en el día para contarles, no las aventuras de su vida, pues no las habia experimentado, sino los sentimientos secretos de su alma.

En 21 del mes que los salvajes llaman *la luna de las flores*, se acercó René á las cabañas de Chaclas. Dió los brazos al Sachelm, y le condujo bajo un sassafrá ó laurel de los iroqueses, á la orilla del Meschacebe. No tardó el padre Souel en llegar al lugar citado. Empezaba á asir la aurora: se percibía en la llanura, á alguna distancia, la aldea de los Natches con su bosque de moreras y sus cabañas que parecian colmenares. La colonia francesa y el fuerte Rosalia se divisaban sobre la derecha á la orilla del rio. Tiendas de campaña, casas á medio construir, fortalezas comenzadas, desmontes cubiertos de negros y grupos de blancos ó indios, presentaban en aquel pequeño espacio el contraste de las costumbres sociales y salvajes. En el fondo de la perspectiva, hacia el Oriente, comenzaba á aparecer el sol entre las quebradas cimas de los Apalachos, que se señalaban en las doradas alturas del cielo como caracteres aislados; al Occidente ondeaba el Meschacebe con un silencio magnífico, y formaba el borde del dibujo con una inexplicable grandeza.

René y el misionero admiraron por algun tiempo aquella hermosa escena, y compadecieron al ciego Sachelm que no podia disfrutarla. Des-

pués el padre Souel y Chaclas se sentaron sobre los céspedes al pié del árbol. El jóven se colocó en medio de ellos, y de allí á un rato de silencio habló de esta manera á sus ancianos amigos:

“No puedo menos de cubrirme de vergüenza al empezár mi narracion. La paz de nuestros corazones, respetables ancianos, y la calma de la naturaleza que me rodea, me hacen sonrajar de la turbacion y agitación de mi alma.

“¿Cuánita compasion me tendreis! ¡Qué miserables os parecerán mis perpetuas inquietudes! ¡Qué pensareis vosotros que hebeis consumido todos los pesares de la vida, de un jóven sin fuerzas y sin virtud, que halla en sí mismo su tormento y que apenas puede quejarse de otros males distintos que los que él mismo se ha acarreado? ¡Ah! no le condeneis, que bastante castigo ha recibido!”

“Mi venida al mundo costó á mi madre la vida; me sacaron de su seno con el hierro. Tenia un hermano á quien bendijo mi padre, porque era el primogénito. Yo fui criado lejos del hogar paternal, siendo desde muy niño entregado á manos extranas.

“Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual: unas veces ruidoso y contento, y otras silencioso y triste; ya juntando al rededor de mí á mis jóvenes amigos, y ya abandonándolos de repente, me iba á sentar en un sitio solitario, para contemplar las nubes fugaces ó escuchar cómo caía la lluvia sobre las hojas de los árboles.

“Cada otoño volvia al castillo paternal, situado en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

“Timido y enojado delante de mi padre, no hallaba la alegría y el contento sino al lado de mi hermana Amelia. Me una estrechamente á esta hermana una dulce conformidad de genio y gustos; ella era un poco mayor que yo. Nos divertiamos en trepar juntos por los collados, en nadar en el lago y en pasar los bosques al caer de las hojas; pasos cuya memoria solo habia mi corazón de alegría. ¡Oh ilusiones de la infancia!

“Caminábamos unas veces silenciosos, prestando el oído á los sordos bramidos del otoño, ó al ruido de las hojas secas que tristemente hollábamos con nuestros pies; otras, en nuestros juegos inocentes perseguíamos á la golondrina en el prado, y al arco-iris sobre las colinas luviosas, y otras murullábamos algunos versos que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza. Siendo yo jóven, cultivaba las musas: no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones que un corazón de diez y seis años. La mañana de la vida está llena, como la mañana del día, de pureza, de imágenes y de armonías.

“Muchas veces en el dilatado bosque ó por entre los árboles, los domingos y dias de fiesta, los sonidos de la distante campana que llamaba

1 Colonia francesa en los Natches.

2 Anciano ó consejero.

3 Nombre propio del Missipi, ó Meschacibo.

al templo al hombre rústico. Recostado contra el tronco de un olivo, escuchaba en silencio el piadoso marmallo. Cada trémulo movimiento del bronce infundía en mi sencilla alma la inocencia de las costumbres campesinas, la calma de la soledad, los encantos de la religión y la deliciosa melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿qué corazón habrá tan insensible que no se haya sobrealzado al ruido de las campanas de su lugar, de aquellas campanas cuya alegría embesó su cuna; que anunciaron su venida al mundo, indicaron el primer latido de su corazón, y publicaron en todos los alrededores la santa alegría de su padre y los dolores y gozos aun mas inefabes de su madre? Todo se halla en los hechiceros recuerdos que suministra el sonido de la campana nativa: religión, familia, patria, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro.

“Es verdad que Amelia y yo disfrutábamos mas que nadie de estas ideas graves y tiernas, porque los dos teníamos un poco de tristeza en el corazón. Bien nos viniere de Dios ó nos viniere de nuestra madre.

“Mientras tanto, asaltó á mi padre una enfermedad que le llevó en pocos días al sepulcro. Espiró en mis brazos, y aprendí á conocer la muerte sobre los labios del mismo que me había dado la vida; impresion tan grande que aun dura en mi hoy en día. Esta fué la primera vez que se representó claramente á mi vista la inmortalidad del alma. No pude creer que aquel cuerpo inanimado fuese en mi el autor del pensamiento; conocí que debía tener otro origen, y lleno de un santo dolor que participaba de alegría, esperé que algún día me había de reunir con el alma de mi padre.

“Otro fenómeno me confirmó en esta sublime idea. Las ficciones paternales habían tomado en el fétetro cierto señal de elevación. Por qué este asombroso misterio no había de indicar nuestra inmortalidad? Por qué la muerte, que todo lo sabe, no había de haber grabado sobre la frente de su víctima los secretos de otro distinto mundo? Por qué, finalmente, no había de haber en la tumba cierta manifestación grande de la eternidad?

“Traspasada Amelia de dolor, estaba retirada en lo interior de una torre, desde donde oyó resonar bajo las bóvedas del castillo gótico el cántico de los sacerdotes del acompañamiento y los sonidos de la campana fúnebre.

“Acompañé á mi padre á su última morada; se cubrieron de tierra sus despojos, y le oprimieron con todo su peso la eternidad y el olvido: en la misma tarde paseaba la indiferencia sobre su tumba, pues á excepción de su hijo é hija, para los demás era ya lo mismo que á nunca hubiera existido.

“Fué menester desamparar el techo paternal inmediatamente que lo heredó mi hermano; yo

me retiré con Amelia en casa de unos parientes ancianos.

“Detenido á la entrada de los engañadores caminos de la vida, los contemplaba unos tras otros sin atreverme á meter en ellos. Amelia me hablaba muchas veces de la felicidad de la vida religiosa; me decía que yo era el único obstáculo que la detenía en el mundo, y fijaba en mí sus ojos con tristeza. Estas conversaciones me penetraban; iba con frecuencia á pasar mis imaginaciones á un monasterio cercano de mi nueva mansión; hubo punto en que estuve tentado por ocultar en él mi vida. Dichosos los que han concluido su viaje sin haber perdido de vista el puerto y sin haber pasado como yo inútiles días sobre la tierra!

Los europeos, agitados continuamente, se ven precisados á construirse soledades. Cuanto mas tumultuoso y alborotado es nuestro corazón, tanto mas nos atraen la calma y el silencio. Aquellos hospicios de mi país, ahogados á los desgraciados y débiles, están comunmente ocultos en los valles que conducen al corazón el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo; tambien se los descubre algunas veces sobre sitios elevados, donde parece que el alma religiosa se eleva hácia el cielo para ofrecerle sus perfumes, como una planta aromática de las montañas.

“Aun veo la majestuosa mezcla de las aguas y bosques de aquella antigua abadía en que pensaba ocultar mi vida á los caprichos de la suerte, y aun ando errante al declinar el día por aquellos rotumbantes y solitarios claustros. Cuando la luna medio iluminaba las columnas de los arcos y reflejaba su sombra en el muro opuesto, me detenía á contemplar la cruz que señalaba el campo de la muerte y las altas yerbas que crecían entre las piedras de los sepulcros. ¡Oh! hombres, que haciendo virde lejos del mundo habéis estado desde el silencio de la vida al silencio de la muerte, qué filosofía tan melancólica infunden vuestros sepulcros en mi corazón!

“Fuese por mi inconstancia natural ó por estar preocupado contra la vida monástica, yo mudé de designio. Me resolví á viajar: me despedí de mi hermana; ella me estrechó entre sus brazos con un alegre movimiento al parecer, y como si fuese feliz en dejarme; á vista de esto no pude menos de hacer una amarga reflexion sobre la inconsecuencia de las amistades humanas.

“Sin embargo, lleno de ardor me arrojé solo sobre este borrascoso océano del mundo, con vístos puertos y escollos me eran desconocidos. Visité entonces los pueblos que ya no existen; examinaba sentándome sobre las ruinas de Roma y de la Grecia, país de fuerte é ingenuos memorias, donde los palacios de los reyes están sepultados en el polvo, y sus manuscritos ocultos entre las zarzas. ¡Oh fuerza de la naturaleza y debilidad del hombre! ¡un poco de yerba penetra muchas

veces el mármol mas duro de esos sepulcros, de donde jamás se levantarán aquellos muertos tan poderosos!

“Algunas veces se descubria sola y derecha en un desierto una alta columna, así como asoma por intervalos un gran pensamiento en una alma desolada por el tiempo y la infelicidad.

“Meditaba en estos monumentos todas las horas y en todos los momentos de mi viaje. Ya este mismo sol que había visto poner los cimientos de aquellas ciudades, se ocultaba majestuosamente á mi vista sobre sus ruinas; ya levantándose la luna en un cielo puro, entre dos urnas cinerarias medio destruidas, me mostraba los pálidos sepulcros; y muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativamente á mi lado, y á los rayos de este astro fomentador de los delirios.

“Me dejé por último de visitar monumentos, en donde solo pisaba por lo comun un polvo criminal.

“Quise ver si las razas vivientes me presentaban mas virtudes, ó siquiera menos vicios que las que ya no existen. Estándome paseando un día por una gran ciudad y yendo por detrás de un palacio, di ví en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un sacrificio. Me admiró el silencio que reinaba en aquel sitio, perturbado solamente por las quejas del viento que gemía al rededor del mármol trágico. Solo algunos trabajadores estaban sentados con indiferencia al pie de la estatua, silbando y labrando piedras. Les pregunté lo que significaba aquel monumento; unos apenas pudieron decirme, y otros ignoraban hasta la grande catástrofe que representaba. Ninguna cosa me suministró medida mas adecuada de los sucesos de la vida y de lo poco que somos. ¡Qué ha sido de esos personajes que metieron tanto ruido? Dió el tiempo un paso y se reemplazó la faz de la tierra.

“Buscaba sobre todo en mis viajes á los artistas y á aquellos hombres divinos que cantan sobre la lira los dioses, y la felicidad de los pueblos que honran las leyes, la religion y los sepulcros.

“Estos cantores son de raza divina, y ellos solos poseen el talento único é incontestable que ha concedido el cielo á la tierra. Su vida es pura y sublime á un mismo tiempo; celebran á los dioses con boca de oro y son los mas sencillos de los hombres; revelan los secretos como los inmortales ó como los niños; explican las leyes del universo y desconocen los mas inocentes negocios de la vida; tienen maravillosas ideas de la muerte, y mueren como recién nacidos, sin advertirlo.

“Sobre los montes de la Caledonia me cantó el último poeta bárdo que se ha oído en aquellos desiertos, los poemas con que consolaba su

solitaria vejez un antiguo héroe. Estábamos sentados sobre cuatro piedras consumidas del tiempo, y un torrente de agua corría á nuestros pies; á alguna distancia saltaba un macho cabrío sobre una torre arruinada, y el viento de los mares silbaba sobre las masturales de Cona. En tratando la religion cristiana, hija tambien de las altas montañas, había puesto cruces sobre los monumentos de los héroes del Morven y tocado la arpa de David á las orillas del mismo torrente en que Osian hizo resonar la suya; tan pacífica como eran de guerreras las divinidades de Selma, guarda sus rebales en el sitio mismo donde combatía Pingal, y ha esparcido ángeles de paz por las nubes que antes habitaban fantasma homicidas.

“La antigua y risueña Italia me ofreció la multitud de sus obras maestras. ¡Con que santo y poético horror andaba errante por aquellos vastos edificios consagrados por las artes á la religion! ¡Qué laberinto de columnas! ¡qué sucesion de arcos y bóvedas! ¡Qué bellos son aquellos ruidos que se oyen al rumor de las medias naranjas, semejantes á los ruidos del mar, á los murmullos de los vientos en las florestas, ó por mejor decir, á la voz de Dios en su templo! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta y hace que hagan sus impresiones en los sentidos, así como el poeta en el alma.

“Sin embargo, ¿qué había aprendido yo hasta entonces en medio de tanta fatiga? Nada de cierto entre los antiguos y nada de bello entre los modernos. Lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas; la una se ha deshecho y mutilado por la ruina de los años y la otra no ha recibido aun su perfeccion de la posteridad.

“Pero tal vez, antiguos amigos míos, vosotros particularmente, habitantes del desierto, estaréis maravillados de que mi sola vez en toda mi narracion os haya hablado de los monumentos de la naturaleza.

“Estaba un día epbido en la cumbre del Etna, volé que arde en medio de una isla. Vi levantarse el sol sobre mi en la inmensidad del horizonte, reducida á mis pies la Sicilia como un punto, y extendido á lo largo el mar en los espacios. En esta vista perpendicular de la pintura apenas divisaba los rios como unas líneas geográficas trazadas sobre un mapa; pero mientras que mi vista perrebia por un lado aquellos objetos, se sumergia por otro en lo profundo del Etna; descubria sus abrasadoras entrañas entre los álitos de un negro vapor.

“Un jóven lleno de pasiones, sentado sobre el borde de un volcan y llorando sobre los desgraciados mortales que en cuestas moradas apenas veía á sus pies, no es cosa digna de vuestra compasion; mas que un objeto digno de Rueda, esta pinta de os otros: una viva imágen de su carácter y de su triste existencia: así es como toda mi vida he tenido delante de mis ojos una creacion inmensa

es imperceptible á un mismo tiempo y un abismo abierto á mi lado."

Pronunciando estas últimas expresiones, calló René, quedando repentinamente distraído. El padre Ston estaba asombrado, y el viejo y ciego Sachem, como no oía hablar ya al jóven, no sabía qué pensar de este silencio.

Entre tanto tenía René clavados los ojos en un grupo de indios que pasaban alegres por la llanura; se enterneció de repente, lloró y exclamó gritando:

"¡Felices salvajes! ¡ah! ¡que no pueda yo disfrutar la paz que siempre os acompaña! Sentidos tranquilamente vosotros bajo una encina, dejad pasar los días sin contarios, mientras que con tan poca utilidad recorria yo tantos paisos. Vuestro discurso se limita á vuestras necesidades, y llegais mejor que yo al resultado de la filosofía, entre los juegos y el sueño, como el niño. Si la melancolía que se engendra del exceso de la felicidad toca alguna vez vuestra alma, salís bien pronto de esta pasajera turbación, levantando hacia al cielo vuestra vista y buscando con ternura no sé qué cosa desconocida que se compadece del pobre salvaje."

Aquí cesó de nuevo la voz de René, é inclinó la cabeza sobre su pecho. Chactas extendiendo su brazo en las sombras y tomando el de su hijo, le gritó diciendo con un tono lleno de emoción: "¡Hijo mío! ¡querido hijo!... Volviendo en sí á estas exclamaciones el hermano de Amelia y sonrojándose de su turbación, pidió á su padre que le perdonase."

El anciano salvaje le respondió: "Mi amigo jóven, los movimientos de un corazón como el tuyo no podrán ser iguales; procura tan solamente moderar ese fogoso carácter que ha hecho ya en ti tanto estrago. Si padeces más que otro alguno en los contrastes de la vida, no te admires, pues mas dolores debe sufrir un alma mas grande que una pequeña. Continúa tu narración. Nos has hecho recorrer una parte de la Europa; apresúrate, pues, á darnos á conocer tu patria. Bien sabes que he visto la Francia, y no ignoras los vinillos que me han unido á ella; me complaceré en oír hablar de aquel gran jefe que yo no existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. Yo no vivo, querido hijo mío, mas que con mi memoria. Un anciano con sus recuerdos no semeja á la encina descortada de nuestros bosques, que no se engalana con su propia hoja, sino que algunas veces eubre su desmedido con plantas extrañas que han vegetado sobre sus antiguos troncos."

Sosegado el hermano de Amelia con tan apacibles palabras, volvió á tomar de esta manera el hilo de la historia de su corazón:

"¡Ah! padre mío, yo no podré hablarte de

aquel gran siglo cuyo solo fin he visto en mi infancia y que no existia ya cuando volví á entrar en mi patria. Jamás se ha verificado en pueblo alguno una trasformacion mas maravillosa y repentina. Desde la elevacion del talento, desde el respeto á la religion y desde la gravedad de las costumbres, habia bajado todo súbitamente á la vileidad del espíritu, á la impiedad y á la corrupción.

"En vano, pues, habia yo esperado volver á hallar en mi patria con que calmar aquella vana inquietud y el ardiente deseo que siempre me habia acompañado: el estudio del mundo nada me habia enseñado, y con todo, no disfrutaba ya la dulzura de la ignorancia."

"Parecia que mi misma hermana, por una conducta inexplicable, se complacía en aumentar mis pesadumbres; habia de jado á Paris unos dias antes de mi llegada. La escribí que intentaba volverme á unir con ella y se apresuró á contestarme apartándose de este proyecto, á pretexto de no saber el paraje adonde le llamarían sus quehaceres. ¡Qué tristes reflexiones hice yo entonces sobre la amistad que entibia la presencia y borra la ausencia, que no se resiste á la desgracia y mucho menos á la prosperidad!"

"Me hallé, pues, mas aislado en mi patria que lo que jamás me habia visto en tierra ajena. Quise entregarme por algun tiempo á un mundo que ni me decía nada ni me peribia. Mi alma, que aun no habia sido poseída de pasión alguna, buscaba un objeto á que adherirse. Bien pronto percibí que daba mas que lo que recibia. Ni se exigia de mí un lenguaje elevado ni un juicio profundo. Mi ocupacion era minorar mi vida para nivelarla con la sociedad. Tenido por todas partes por un espíritu novelero, avergonzado de mi modo de vivir, cada vez mas disgustado de las cosas y de los hombres, tomé el partido de retirarme á un arrabal, donde viví totalmente ignorado y oculto."

"Desde luego encontré bastante placer en esta vida oscura é independiente: desconocido de todos me mezclaba con la multitud; dilatados desiertos de hombres!"

"Sentado muchas veces en una iglesia poco frecuentada, pasaba horas enteras en meditacion. Veia venir mujeres milanesas á postrarse delante del Altísimo, ó á los pecadores arrojarse ante el tribunal de la penitencia. Ninguno salia de estos lugares sin un rostro mas sereno; y los sencillos clamores que se oían por defuera parecían ser las olas de las pasiones y de las borrascas del mundo que acababan de espirar al pie del templo del Señor. ¡Gran Dios! que viste en secreto correr mis lágrimas en aquellos sacros retiros, ¡tú no ignoras cuántas veces me postré á tus pies para suplicarte que me desargasas del peso de la existencia, ó mudáras en mí el hombre viejo!"

"¡Ah! ¡quién no ha conocido alguna vez la necesidad de reengendrarse, de renazarse en las

aguas del torrente, y remojor su alma en la fuente de la vida? ¡Quién no se halla agobiado algunas veces con la carga de su propia corrupcion, é incapaz de hacer cosa grande, noble y justa?"

"Cuando se acercaba la noche, tomando el camino de mi retiro, me detenía sobre los puentes para ver ponerse el sol. Inflamando el astro los vapores de la ciudad, parecia que oscilaba lentamente en un fluido de oro como la péndola del gran reloj de los siglos. A la noche me retiraba después por un laberinto de calles solitarias. Mirando todas aquellas luces que resplandecian en las habitaciones de los hombres, se trasportaba mi alma en medio de las escenas de dolor y de alegría que ellas alumbraban, y reflexionaba que bajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. Pero en medio de mis reflexiones llegaba la hora á dar sus medidos golpes en la torre de una catedral gótica: iban repitiéndose sobre todos los tonos y á todas las distancias de iglesia en iglesia. ¡Ay de mí! exclamaba yo; cada hora abre un sepulcro en la sociedad y acerca una multitud de lágrimas."

"Aquella vida que me tenia entonces hechizado no tardó en serme insoportable. Me cansó la repetición de las mismas escenas y de las mismas ideas. Me puse á sondear mi corazón y á preguntarme lo que deseaba. Lo ignoraba, pero de improviso me pareció que los bosques me serian deliciosos. Veme aquí resuelto repentinamente á concluir en un desierto campestre una carrera apenas empezada y en la que habia ya consumido siglos enteros."

"Abracé este proyecto con el mismo ardor con que comprendia todos mis desigios; me encaminé precipitadamente á entrarme en una choza, asi como lo habia hecho en otro tiempo para dar la vuelta al mundo."

"Se me acusa de que tengo gustos inconstantes, de que no puedo gozar largo tiempo de una misma quimera y de que soy la presa de una imaginacion que se apresura á llegar al extremo de mis placeres, como si estuviera oprimida de su corta duracion; se me acusa de que paso siempre mas alla del término á que puedo llegar. ¡Ay! yo busco solo un bien desconocido cuyo instinto me persigue. Consiste mi falta en que hallo límites en todo y en que lo que es finito no es para mí de ningun valor. Sin embargo, conozco que amo la monotonía de los sentimientos de la vida, y si tuviese aun la locura de creer en la felicidad, la buscaria en la costumbre."

"La absoluta soledad y el vivificante espectáculo de la naturaleza, me sumergieron bien pronto en un estado imposible casi de describir. Sin parientes, sin amigos, solo, por decirlo asi, sobre la tierra, no habiendo amado amor pero buscando el amor, estaba agobiado de una superabundancia de vida. Yo me sonrojaba algunas veces repentinamente como que sentia correr en mi corazón arroyos de una ardiente lava; otras daba gri-

tos involuntarios, y tanto mis sueños como mis vigiliás turbaban la noche. Me hacia falta alguna cosa para llenar el abismo de mi existencia; bajaba al valle y me subia á la montaña llamando con toda mi fuerza este objeto ideal de una llama futura; yo le abrazaba en el viento, me parecia oírle en los murmullos del río; todo me representaba esta fantasma imaginaria, los astros en los cielos y el mismo principio de la vida en el universo."

"Sin embargo, no carecia de sus encantos este estado de calma y de turbacion, de riqueza y de indigencia. Estaba divertido un dia en deshojar una rama de sauce sobre un arroyo y en aplicar una hoja á cada hoja que la corriente arrobataba. Un principio que toma perdur su corona en una súbita revolucion, no experimenta angustias mas vivas que las que yo experimenté á cada accidente que sucedia á los restos de mi rama. ¡Oh desdichad de los mortales! ¡Oh infancia del corazón humano que jamás se enviejue! He aquí, hasta el grado de puridad á que puede atreverse, nuestra soberbia razon, y sin embargo, es cierta que muchos hombres ligan su destino á cosas tan frágiles como mis hojas de sauce."

"Mas ¿cómo he de manifestar aquella multitud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? Los ruidos que hacen las pasiones en el vacío de un corazón solitario, se asemejan al murmullo que los vientos y las aguas hacen resonar en el silencio de un desierto; disfrutamos de él pero no le podemos pintar."

"Me sorprendió el oírlo en medio de estas incertidumbres; entré con alegría en los sombríos muros de las tempestades. Una vez hubiera querido ser uno de aquellos antiguos guerreros errante por medio de los vientos, de las nubes y de las fantasmas, y otras llegaba hasta á envidiar la suerte del pastor á quien veia calentar sus manos en el corto fuego de las malezas que habia encendido en la extreñidad de un monte. Escuchaba sus melancolicos cantos y me recordaban que en todo pais es triste el canto natural del hombre, aun cuando exprese la felicidad. Nuestro corazón es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, y en la que estamos obligados á cantar los acentos de la alegría en el tono consagrado á los suspiros."

"Durante el día me descarraban por grandes masorales que terminaban en bosques. Muy poco se necesitaba para dar párvulo á mis delirios; una hoja seca que arrojaba el viento delante de mí, una cabaña cuyo humo se elevaba en la cima despojada de los árboles, el mismo que temblaba al viento del Norte sobre el tronco de una vieja encina, una roca separada ó un estanque desierto en que murmulaba el marchito junco. Muchas veces atrajo mis miradas el campestre campanario que se elevaba á lo lejos en un solitario valle; muchas he seguido con la vista las aves de paso que volaban sobre mi cabeza. Se me representó

taban los límites ignorados y los climas lejanos á donde ellas caminan: hubiera querido tener sus alas. Un secreto instinto me atormentaba; conocía que no era yo mismo mas que un viajero, pero parecía que me decía una voz del cielo: "¡Hombrere, aun no has llegado la estación de tu peregrinación; aguarda á que se levante el viento de la muerte, y entonces desplegarás tu vuelo á hécia estas regiones desconocidas por las que anhela tu corazón."

"Levantábase pronto, horrascas deseadas, que debéis conducir á René á los espacios de otra vida. Diciendo esto, caminaba á largos pasos con el rostro enecido, y mi cabellera agitada por el viento, sin sentir ni la lluvia ni la escarcha, encantado, atormentado y como poseído por el enemigo de mi corazón.

"Por las noches, cuando venia el cierzo á bambolear mi humilde choza, cuando un torrente de agua caía sobre mi techo y cuando por entre mi ventana veía á la luna surcar las nubes amontonadas, como un pálido navio que hiende las olas, me parecía que se redoblaba la vida en el interior de mi corazón y que hubiera podido crear mundos enteros. ¡Ah! ¡si me hubiera sido posible dividir con otro los transportes que experimentaba! ¡Oh Dios! ¡si me hubieras dado una mujer de mi gusto, ó si me hubieses traído por la mano una Eva sacada de mi mismo, como á nuestro primer padre!... me hubiera postrado delante de tí, belloza celestial: si, me hubiera postrado delante de tí, pues tomándote después en mis brazos, hubiera pedido al Eterno que te concediese los restos de mi vida.

"Ay de mí! yo estaba solo sobre la tierra! Se apoderaba de mi cuerpo una secreta languidez, y se renovaba con mas fuerza aquel disgusto de la vida que habia sentido desde mi mas tierna juventud. Ya no suministraba mi corazón ideas algunas á mi pensamiento, y solo percibía mi existencia por el profundo sentimiento del descontento y del fastidio.

"Luché contra mi mismo aun por algun tiempo, pero con indiferencia y sin tener la firme resolución de vencerlo. No pudiendo por último hallar remedio para aquella extraña herida de mi corazón que en ninguna parte existía y existía en todas, determiné quitarme la vida.

"¡Sacerdote del Altísimo que me estás oyendo, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razon! Yo estaba lleno de religion, y raciocinaba como un impio; mi corazón anaba á Dios y mi entendimiento le desconocía: mi conducta, mis discursos, mis sentimientos y mi modo de pensar eran solo contradicciones, tinieblas y mentiras. Pero ¿el hombre sabe siempre bien lo que quiere? ¿está siempre seguro de lo que piensa?

"Todo me faltaba á un tiempo, la amistad, el mundo y el retiro. Todo lo habia probado y todo me habia sido fatal. Desechado por la socie-

dad y abandonado de Amelia, ¿qué me quedaba ya cuando después me vino á faltar también la soledad? Esta era la última tabla en que habia esperado salvarme, y conocía se iba á sumergir en el abismo.

"Ay que tan determinado á desembarazarme del peso de la vida, resolví emplear todo mi razon en este acto insensato. Nada me apresuraba; no determiné de fijo el momento de la partida, con el fin de saborearme largos ratos con los últimos momentos de la existencia, y recoger todas mis fuerzas, á ejemplo de un antiguo, para conocer la ausencia de mi alma.

"Me era necesario tomar disposiciones por lo tocante á mi fortuna y me vi obligado á escribir á Amelia. Se me escaparon algunas quejas de su olvido, y dejé sin duda vislumbrar la conmocion que superaba poco á poco á mi corazón. Creía no obstante haber disimulado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en lo mas secreto de mi alma, lo advinió felicemente; se conternó con el violento tono que recibí en mi carta, y con mis preguntas sobre negocios que jamás habia hecho cosa. En vez de responderme, me vino á sorprender repentinamente.

"Para que podais penetrar bien cuál pudo ser en adelante la amargura de mi dolor y cuáles fueron mis primeros arrebatos volviendo á ver á Amelia, debéis figuraros que esta era la única persona que yo habia amado en el mundo y que todos mis sentimientos se venian á refundir en ella con la dulzura de los recuerdos de mi infancia. Recibí, pues, á Amelia con un éxtasis de mi corazón. ¡Tan largo tiempo habia que no hallaba quien que me comprendiese y delante de quien pudiese desahogarme al alma!

"Arrojándose Amelia á mis brazos, me dijo habiéndome en lágrimas: "¡Ingrato! ¿quieres morir privando tu hermana? ¿sospechas de su corazón?"

"No te expliques, no te excuses, todo lo sé, todo lo he comprendido como si hubiera estado contigo. ¡Pretendes engañarme, á mí, que he visto nacer los primeros sentimientos de tu vida? ¿da? Ve aquí tu desgraciado carácter, tus disgustos y tus injusticias. Jura, en tanto que te estrecho sobre mi corazón, jura que esta es la última vez que te entregas á tus locuras; que el juramento de no atentar jamás contra tu vida."

"Al pronunciar estas palabras, me miraba Amelia con compasion y ternura, dándome tiernos besos: era, no una madre, sino aun mas tierna todavía. ¡Ah! mi corazón volvió á prestarse á todas las alegrías: semejante á un niño, no quería mas que ser consolado: cedí al imperio de Amelia; cedí á un juramento solemne, y le hice sin dudar, y sin que llegase ni aun á sospechar que pudiese nunca ser desgraciado.

"Estuvimos mas de un mes disfrutando el hechizo de nuestra compania. Cuando creyendo

hallarme solo, oia por la mañana la voz de mi hermana, experimentaba en mí un dulce estremecimiento de alegría y de felicidad. Habia recibido de la naturaleza cierta cosa divina en todo; su alma tenia las mismas inocentes gracias que su cuerpo; era infinita la dulzura de sus sentimientos; no habia en su espíritu cosa alguna que no fuese suave y un poco pensativa: se podia decir que suspiraba de acuerdo su corazón, su pensamiento y su voz: tenia la timidez y amor propios de la mujer y la pureza y melodia de un ángel.

"Pero llegaba ya el punto en que iba yo á explicar mis inconsecuencias. Habia persistido en mi delirio hasta desear experimentar una desgracia para tener á lo menos un objeto real de sufrimiento: ¡espantoso deseo cuyas voces ha oido Dios en medio de su cólera!

"Mas ¿qué voy yo á revelaros, sabios amigos míos? ¡Ved las lágrimas que surcan de mis ojos! Podré yo mismo... Algunos días hace que nada hubiera bastado para arrancarme este secreto... Pero el presente se acabó ya todo.

"No obstante, augustos ancianos, sea para siempre sepultada en el silencio esta historia; acordados de que solo la he contado bajo el árbol del desierto.

"Se acababa el invierno cuando percibí que Amelia pedía progresivamente el reposo y la salud que ella empezaba á darme. Iba enfleaqueciendo, se la hundian los ojos, su andar era muy desoído, y muy turbada su habla. La cogí un día de repente bañada en lágrimas al pie de un Crucifijo. La noche, el día, el mundo, la soledad mi ausencia, mi presencia, todo la consternaba. Venían á espirar sobre sus labios suspiros involuntarios: unas veces daba una larga carrera sin causarse; otras apenas se podia sostener; tomaba y dejaba su labor; abría un libro sin poder leerle; sonaba un período y no le acababa; se sacaba espontáneamente en lágrimas y se retiraba para orar.

"En vano procuraba yo descubrir su secreto. Cuando la preguntaba estrechándola en mis brazos, me respondia sonriéndose, que estaba como yo, y que no sabia lo que tenia.

"Tres meses se pasaron de esta manera, y cada día se empeoraba mas. El origen de sus lágrimas era á mí parecer una correspondencia misteriosa, pues segun las cartas que recibia, parecia mas tranquila ó mas conmovida. Por último, una mañana habiéndose ya pasado la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su habitación: llamé y no se me respondió; entreabrí la puerta y no habia nadie en el aposento.

"Divisé sobre la chimenea un pliego con sobrescrito para mí. Le cogí temblando, lo abrí, y lei esta, carta que he conservado para privarme en lo sucesivo de todo motivo de alegría:

A René.

"El cielo me es testigo, mi querido René, de

"que daría mil veces mi vida por librarte de un solo momento de afliccion; pero por mí desgracia no puedo hacer nada en tu favor. Me perdonarás el haberme ausentado de tu casa sin que lo supieses, como una delincuencia no hubiera podido dejar de asentir á tus supplicas, y me era por otra parte forzoso el partir.... ¡Oh Dios, tened compasion de mí!

"¡Bien sabes, hermano mio, que siempre tuve inclinación á la vida religiosa; ya es tiempo de que me aproveche de las advertencias del cielo. ¿Por qué he aguardado á tan tarde? Dios me castiga. Por tí habia yo permanecido en el mundo.... Perdóname; el pesar de dejarte toda me tiene turbada.

"¡Ahora es, querido hermano mio, cuando comienzo á fondo la necesidad de aquellos asilos contra los cuales te he oido declamar muchas veces. Créame, hay desgracias que nos separan para siempre de los hombres: ¿qué será de los pobres desgraciados?... Yo estoy perseguido que me desgracia, hermano mio, tú mismo hallarías el reposo en estos retiros de la religion. La tierra no ofrece cosa que sea digna de tí.

"No te recordaré yo tu juramento: conozco la fidelidad de tu palabra; lo has jurado y vivirás por mí. ¿Qué cosa hay mas miserable que el pensar continuamente en dejar la vida? Para un hombre de tu carácter no hay cosa mas fácil que el morir; créeme, es mas penoso el vivir.

"Pero, hermano mio, sal cuanto antes de la soledad, que no te es buena; busca alguna compacion. Sé que te ries amargamente de la necesidad que hay, según creen en Francia, de tomar un estado; no menosprecies tanto la experiencia y sabiduría de nuestros padres. Me parece, mi querido René, parecemos un poco mas al común de los hombres y tener un poco menos de desgracia.

"¡Tal vez hallarías en el matrimonio un remedio á tus enfados. Una mujer y unos hijos divertirían tus dias. ¡Y qué mujer no procuraría hacerle feliz! La ferosidad de tu alma y la belleza de tu ingenio, tu aire noble y apasionado, ese mirar altivo y tierno, todo aseguraria de su fidelidad y de su amor. ¡Ah! ¡con qué delicia no te estrecharía ella entre sus brazos y sobre su corazón! ¿cómo echaría sobre tí todas sus miradas y pensamientos para venir tus menores deseos y aliviar tus mayores penas! Sería á tu vista toda amor y toda inocencia: te parecería que habias hallado otra hermana.

"Yo marché al convento de..... Este monasterio, construído á orillas del mar, conviene á la situacion de mi alma. Oíré por la noche desde lo interior de mi celdilla el murmullo de las olas que bafian los muros del edificio; me acordaré de aquellos paseos que daba

“contigo por medio de los bosques cuando creían oír el ruido de los mares en la agitada copa de los pinos. Amable compañero de mi infancia, ¿qué no he de volver á verte! Apenas tenía más edad que tú cuando te mecía en la cuna; muchas veces hemos dormido juntos. ¡Ah! ¡si un mismo soploro nos reuniese algún día! Pero no; yo debo dormir solo bajo los helados mármoles de aquel santuario donde descansan para siempre las doncellas que nunca han amado.

“No sé si podrás leer estas líneas medio borradas con mis lágrimas. Además de que, amigo mío, no era preciso separarnos un poco antes ó un poco después. ¿Qué necesidad tengo yo de hablarte de la incertidumbre y poco valor de la vida? Trae á tu memoria al joven que naufragó en la isla de Francia. Cuando recibiste su última carta, algunos meses después de su muerte, ni aun existían ya los despojos de su cuerpo; el instante que daba principio á tu duelo en Europa, era el en que lo concluían sus amigos en Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si su memoria se borra tan pronto que no pueden saber su muerte algunos de sus amigos sino cuando los otros están ya consolados? ¿Qué! mi querido y muy querido René, ¿se borraría tan prontamente de tu corazón mi memoria? . . . ¡Oh, hermano mío! si yo me ausento de tí ahora, es para no separarme en la eternidad. —AMELIA.

“P. D. —Aquí añado la donación de mis bienes; espero no rehusarás esta señal de mi amistad.”

“Un rayo que hubiese caído á mis pies no me hubiera causado más alteración que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Qué obligación abrazaba tan repentinamente la vida religiosa? ¿Me había ligado de nuevo á la existencia por medio del encanto de la amistad, para abandonarme derepente? ¡Ah! ¿por qué vino á apartarme de mí designio? Un feroz movimiento de compasión la había vuelto á llamar hacia mí; pero cansada bien presto de una triste obligación, se apresura á dejar á un desgraciado que á nadie hace que á ella tenía sobre la tierra. Se cree hacer lo posible cuando se impide á un hombre la muerte. . . . Tales eran mis quejas. Volviendo sobre mí mismo, decía: “Ingrata Amelia! si tú hubieras estado en mi lugar, si como yo, hubieras estado agobiada con el vacío de tus días, no te hubiera abandonado tu hermano.”

“Sin embargo, cada vez que volvía á leer la carta, hallaba un no sé qué tan triste y tan tierno, que desluchaba todo mi corazón. Repentinamente me sobrevino una idea que me dió alguna esperanza. Imaginé que Amelia se habría apasionado tal vez por algún hombre y que no se atrevía á confesarlo. Parecía que me indicaba esta sospecha su melancolía, su misteriosa correspondencia y el aire de pasión que respiraba

su carta. La escribí inmediatamente para darte las quejas más tiernas y suplicarla que me declarase su corazón.

“No tardó en responderme diciendo: sin descombrirme su corazón, que estaba ya determinada, que había obtenido la dispensa del noviciado y que iba á pronunciar sus votos inmediatamente.

“Esta carta me inspiró un movimiento rabioso: la obstinación de Amelia, el misterio de sus palabras y la poca confianza en mi amistad, me conmovieron en gran manera.

“Después de haber titubeado un poco acerca de la determinación que debía tomar, me resolví ir á B. . . . con el designio de retardar á lo menos el sacrificio, si no podía impedir su cumplimiento.

“Se hallaba á un lado de mí camino la tierra en que me había criado. Cuando divisé desde él aquellos bosques donde había disfrutado los felices momentos dichosos de mi vida, no pude contener mis lágrimas y me fué imposible resistir á la tentación de darles la última despedida.

“Mi hermano mayor había vendido la herencia paterna y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga calle de abastos; atravesé á pié los patios desamparados; me detuve silencioso á mirar las ventanas cerradas ó medio rotas, el cardo que crecía al pié de los muros, las hojas que estaban derramadas en el umbral de las puertas, y aquella solitaria gradinería en que había visto tantas veces á mi padre y á sus fieles criados. Los escalones estaban ya cubiertos de musgo, el amarillo señal crecía entre sus desnudas y movelizas piedras. Un guarda desconocido me abrió despacíficamente la puerta.

“Como no me determinaba á pasar del umbral, me dijo: “Bien, es ya á suceder lo que á suceder.” “¿La extrañaría que vino aquí hace algunos días, que al ir á entrar se quedó plarla, trémula y desmayada, y fué preciso llevarla á su carruaje.” Me fué fácil reconocer á la extranjera que había venido, así como yo, á buscar en aquellos lugares lágrimas y recuerdos.

“Cubriendo mis ojos con el pañuelo, entré en la habitación de mis antepasados. Recorrí los sonoros aposentos, donde solo oía el ruido de mis pasos, y que no estaban alumbrados más que con la débil luz que pasaba por entre los postigos cerrados. Estuve en la alcoba donde perdí mi madre la vida cuando me echó al mundo, la en que se retiraba mi padre, donde había yo dormido en mi cuna, y la pieza en que había recibido la amistad mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las cosas estaban desoladas y la araña hilaba sus telas en las abandonadas tarimas. Salté precipitadamente de aquellos lugares y me alejé á largos pasos, sin atreverme á volver la cabeza. ¡Qué dulces, pero qué rápidos son los momentos que los hermanos y hermanas pasan en sus tiernos años, reunidos bajo las alas

de sus ancianos padres! La familia del hombre dura un solo día, el soplo de Dios la dispersa como el humo; apenas conoce el hijo al padre, el padre al hijo, el hermano á la hermana, la hermana al hermano. La encina ve brotar el rededor sus bellotas, pero no así á sus hijos los hijos de los hombres.

“Llegando á B. . . . me dirigí al convento y solícté hablar con mi hermana. Me respondieron que no recibía persona alguna. La escribí, y me respondió que no la era lícito dar un solo pensamiento al mundo en el punto mismo en que se iba á consagrar á Dios; que si la amaba, procurase no afligirla con mi dolor. Añadía: “Sin embargo, si quieres comparecer ante el altar el día de mi profesión, dignate servirme allí.” “De padre; este es el único papel correspondiente á tu valor y el mas adecuado á nuestra amistad y á mi paz misma.”

“Aquella firmeza que se oponía á todo el fuego de mi amistad, me indujo á violentos arrebatos. Unas veces iba ya á volver pié atrás; otras me determinaba á permanecer; tan solo por turbar la pompa. El infierno me sugería el pensamiento de darme de puñaladas en la iglesia y mezclar mis últimos suspiros con los votos que me iban á arrebatar á mi hermana. La superiora del convento hizo que me avisasen que se había preparado un banco en el santuario, y me convidaba á asistir á la ceremonia, que había de empezar desde el día siguiente.

“Al rayar el alba oí la primera señal de las campanas que anunciaba el sacrificio. A cosa de las diez me fui lentamente al monasterio con una especie de agonía. . . . Ninguna cosa puede ser tan trágica que la asistencia á semejantes espectáculos, ni ninguna mas dolorosa que sobrevivir á ellos.”

“Lenaba la iglesia un pueblo inmenso; me conducieron al banco del santuario, me arrodillé sin saber casi dónde estaba ni á qué resolverme. Ya esperaba al sacerdote en el altar; ábrese derepente la misteriosa reja y se adelanta Amelia adornada con todas las pompas del mundo. Estaba tan hermosa y tenía en su rostro un no sé qué tan divino, que excitó un movimiento de admiración y de sorpresa. Aterrado por el glorioso dolor de la virtuosa y abatido por las grandezas de la religión, se desvanecieron todos mis violentos proyectos; me abandonó mi fuerza, me sentí cogido por una mano todopoderosa y solo hallé en mi corazón profundas adoraciones y los gemidos de la humildad, en vez de blasfemias y amenazas.

“Se echó Amelia bajo un dosel. Comenzó el sacrificio al resplandor de muchas luces y en medio de flores y perfumadas, para hacer mas agradable el holocausto. Al ofertorio se quitó el sacerdote sus ornamentos, se quedó solo con alba, subió al púlpito y pintó en un sencillo y patético discurso la fealdad de la virgin que se consagra al Señor. Cuando pronunció aquellas pala-

bras: *Ella ha parecido como el incienso que se consume en el fuego*, parecía que se extendía por el auditorio una grande calma, que se percibían olores celestiales, que se hallaba uno al abrigo y bajo las alas de la paloma mística y que estaba viendo bajar ángeles sobre el altar y subir hacia los cielos con perfumes y coronas.

“Acabó el sacerdote su discurso, vuelve á tomar sus vestiduras y continúa el sacrificio. Sostenida Amelia de dos jóvenes religiosos, se pone de rodillas en la última grada del altar. Vienen á buscar entonces para cumplir las funciones paternales. Al ruido de mis vacilantes pasos en el santuario, estuvo Amelia casi para desfallecer. Me ponen al lado del sacerdote para alargarle las tijeras. Sentí renacer mi arrebatado en este instante; iba á centellar mi furor, cuando reuniendo Amelia su valor, me echó una mirada tan llena de zaherimiento y dolor, que me quedé aterrado. La religión triunfa. Se aprovecha mi hermana de mi turbación y alargó volutamente la cabeza; por todas partes se sujeta al hierro sagrado su hermosa y soberbia trenza; sustituye á los adornos del siglo una vestidura larga de estameña, que la hacía no menos hechicera; ocultábase bajo una toca de lino los enfados de su frente, y cubre su despojada cabeza con el misterioso velo, doble símbolo de la virginidad y de la religión. Jamás había parecido tan hermosa: el ojo de la penitente estaba fijo sobre el polvo del mundo y su alma estaba en el cielo.

“No obstante, aun no había pronunciado Amelia sus votos, y para morir al mundo, era preciso que pasase como por medio del sepulcro. Se echó mi hermana sobre el mármol; extienden sobre ella un paño de tumba, y señalan las cuatro esquinas cuatro hachas finébreas. Empieza el sacerdote, con la estola al cuello y el libro en la mano, el oficio de difuntos, que prolongan las vírgenes jóvenes. ¡Oh alegrías de la religion, qué grandes por qué terribles sois! Me habian hecho poner de rodillas junto á aquel finébre apartado; sale repentinamente un confuso murmullo por debajo del velo sepulcral: me inclino y llegan á mis oídos estas espantosas palabras (que nadie sino yo pudo oír): “Dios de las miserias, ¿cuántas, has que yo jamás me levante de este lecho finébreo, y colma de bienes á un herido que no ha tenido parte en mi criminal pasión.”

“A estas palabras, que salieron de lo profundo del fétore, me ilumina la verdad; extravíame mi razón, me dejo caer sobre el paño de la muerte, caigo á mi hermana en mis brazos, y grito: “Cae la esposa de Jesucristo, recibe mis últimos abrazos entre los hijos de la muerte y las profundidades de la eternidad, que te separan ya de tu hermano!”

“Este movimiento, este grito y estas lágrimas turban la ceremonia; se interrumpen el sacerdote; aterradas las religiosas cierran la reja; la

multitud se comóveo, se dirigió apresuradamente hacia el altar, y me llevan sin conocimiento. ¡Ah! qué poco debo a los que me restituyeron a la vida! Luego que volví en mí, supe que se había consumado el sacrificio y que se había apoderado de mi hermana una fiebre ardiente. Ella hacía que me rogasen que jamás intentase volverla a ver.... ¡Oh miseria de mí hijo! ¡una hermana tenía hablar a un hermano, y un hermano tenía miedo de hacer oír su voz a una hermana! Sali de aquel monasterio como de un lugar de expiación donde las llamas nos disponen para la vida celestial y donde todo se había perdido menos la esperanza.

Una desgracia personal se sobrevolaba, sea la que quiera; pero una desgracia de la que somos causa involuntaria, es el mal más insuperable. Instruido de las penas de mi hermana, se me representaba todo lo que ella habría sufrido. Entonces se desenvolvieron para mí muchas cosas que no había podido comprender: aquella mezcla de alegría y tristeza que Amelia manifestó al tiempo de partir a mis viajes; el cuidado que tuvo de huir de mí cuando volví y aquella flaqueza que por tanto tiempo la impidió entrar en un monasterio, sin duda la habían lisonjeado con la esperanza del remedio. Sus proyectos de retirarse del mundo, la dispensa del noviciado y la dispensación de sus bienes en mi favor, habían sido igualmente causa de aquella correspondencia secreta que sirvió para mi engaño.

«¡Oh, mis amigos! entonces fué cuando supe lo que era detraer lágrimas por un mal que no era imaginable. Se avilanzaron con furor sobre esta primera prosa mis pasiones indetermiadas por tan largo tiempo. Aun hallé una especie de satisfacción inesperada en la plenitud de mi pesar, y perebí con un secreto movimiento de alegría que el dolor no es una afecion que se agota como el placer.

«Yo había querido dejar el mundo antes que el Todopoderoso lo dispusiese, y este era un gran delito. Dios me había enviado a Amelia para librarme y castigarme á un mismo tiempo. De este modo arrastré tras sí los desórdenes y las desgracias todo pensamiento culpable y toda acción criminal. Amelia me pedía que viviese y yo no debía agravar sus males; por otra parte (cosa extraña) no había vuelto a desear la muerte desde que era desgraciado. Mi pesar había llegado á ser una ocupacion que llenaba todos mis momentos: ¡tan envuelto está mi corazón en la melancolía y la miseria!

«Tomé, pues, subitamente otra resolución: me determiné á dejar la Europa y pasar á la América.

«A este mismo tiempo estaba equipando en el puerto B... una flota para la Luisiana; me compeñé con uno de los capitanes de los navios, hice sabedora de mi proyecto á Amelia y traté de mi viaje.

«Mi hermana había estado á las puertas de la muerte; pero Dios, que la tenía preparada la primera palma de las vírgenes, no quiso llamarla á sí tan pronto: su prueba en este mundo fué dura por más tiempo. Descendió segunda vez la heroína á la penosa carrera de la vida, encorvada con su cruz, avanzó valerosamente al encuentro de los dolores, no viendo en el combate más que el triunfo y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

«La venta de los pocos bienes que me quedaban y que cedí á mi hermano, los utensilios preparativos de un envoy y los vientos contrarios, me detuvieron mucho tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme del estado de Amelia y siempre buscaba nuevos motivos de admiración y de llanto.

«Vagaba sin cesar al rededor del monasterio construido á orillas del mar. Percibía muchas veces en un ventanitas enrejada, que daba á una playa desierta, una religiosa sentada en una actitud pensativa, que registraba la superficie del Océano donde aparecía algun navio que surcaba junto á las extremidades de la tierra. Muchas veces la volví á ver al enrejado de la misma ventana con la claridad de la luna, y observé estaba contemplando la mar iluminada por el astro nocturno, y parecía que aplicaba el oido al ruido de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias orillas.

«Se me figura oír aun la campana que en medio de la noche llamaba á las religiosas para que volasen y orasen. Mientras tafía con lentitud y se congregaban las vírgenes silenciosamente en el coro, corría yo hacia el monasterio: estando allí solo, al pie de las paredes y en medio de las tinieblas de la noche, escuchaba con un santo éxtasis los últimos acantos de los cánticos, que se mezclaban bajo las bóvedas del templo con los endebles ruidos de las lejanas olas.

«Yo no sé cómo todas estas cosas que debían aumentar mis penas, por el contrario embataban su aguijón. Mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre los pensamientos y el medio de los vientos. Mi mismo pesar, extraordinario por su naturaleza, traía consigo algun remedio. Nos rogojamos de cuanto no es común á los demás, aun cuando sea una desgracia. Llegué casi á concebir alguna esperanza de que mi hermana sería tambien menos miserable.

«Parecía que me confirmaba estas ideas una carta que recibí de ella antes de mi partida. Amelia se quejaba fuertemente de mi dolor y me aseguraba que el tiempo disminuiría el suyo. «Yo

«no desespero, decía, de mi felicidad; el exceso mismo del sacrificio, ahora que está ya consumado, sirve para volverme alguna paz. La seriedad de mis compañeras, la pureza de sus votos, el arreglo de nuestra vida, todo cuanto hay que espantar bálisamo sobre mis días.

«Cuando oigo «bramar las tempestades y que aletea sobre mí

«ventana el pájaro de mar, yo, pobre paloma del cielo, reflexiono la futilidad que he tenido «en hallar un abrigo contra la tempestad. Esas «es la montaña santa y la cumbre elevada «desde donde se oyen los últimos ruidos de la «tierra y los primeros conciertos del cielo; aquí «entretiene dulcemente la religion á una alma «sensible; sustituye, en vez de los amores mas «violentos, una especie de castidad ardiente, por «la cual se reunen la amante y la virgen; agota «los sollozos; enciende una llama incorruptible «donde arde una hoguera mortal; mezcla divina- «mente su paz y su inocencia con los restos de «la confusion y del deleite de un corazón que «busca su reposo, y de una vida que se huye.»

«No sé lo que el cielo me tiene preparado, ó si en esta ocasion me quisó dar á entender que las borrascas acompañarán todos mis pasos. Ya «estaba dada la orden para hacerse la flota á la vela; muchos navios habían aparejado ya al ponerse «el sol, y yo me había preparado para pasar la última noche en tierra, á fin de escribir mi carta de despedida á Amelia. Cerca de la media noche, cuando yo me empleaba en este triste euidado y mientras que humedecía el papel con mis lágrimas, llegó de repente á mis oidos el ruido de los vientos. Buecho, y en medio de la tempestad distinguo los tiros del cañon de alarma, mezclados con los sonidos de la campana monástica. Vuelo á la ribera, que estaba desamparada, sin oírse en ella mas que el bramido de las olas, y me senté allí sobre un penasco. Por un lado se extendian las brillantes olas, por otro parecían que subian en masa hasta los cielos los sombríos muros del monasterio. Aparecía una pequeña luz en la ventana enrejada, y veo que, oras tú, Amelia, me «que postrada á los pies de un Crucifijo pedias al Dios de las tempestades librase de ella á tu desgraciado hermano. La borrasca sobre las olas «cae en tu retiro; hombres estrellados sobre los escollos al pie del asilo que nada puede turbar, lo infinito al otro lado de la pared de una celda, los agitados faroles de los navios, el farol inmóvil del convento, la incertidumbre de los destinos del navegante, la vental conociendo en un solo día todos los dias futuros de su vida; por otra parte, una alma como la tuya, ¡oh Amelia! tempestosa como el Océano, un naufragio mas horrible que el del marinero.... toda esta pintura está grabada profundamente en mi memoria.... Sol de este nuevo cielo, testigo al presente de mis lágrimas; cosas de las riberas americanas que repelen yo á la mañana siguiente de aquella terrible noche, resaca sobre el castillo de proa de mi navio, alejarse para siempre mi tierra natal, y contemplé sobre la costa los últimos bambalones de los arboles patrios, y los techos del monasterio que se bajaban hacia el horizonte!?

Luego que René acabó de contar su historia, sacó un papel del pecho y se le alargó al padre

Souel. Arrojadose después á los brazos de Chactas y abogando sus sollozos, dió al misionero el tiempo suficiente para leerle.

«Era una carta de la superiora de... Contenia la relacion de los últimos momentos de la hermosa Amelia de la Misericordia, victima de su celo y de su caridad en la asistencia de sus compañeras, acometidas de una enfermedad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraban allí á Amelia como á una santa: sanaba la superiora, que después de treinta años que hacia que gobernaba la casa, no habia visto religiosa de un genio tan dulce y tan igual ni que mas se alegrase de haber dejado las tribulaciones del mundo.

«El anciano Chactas apretaba á René entre sus brazos, y lloraba. «Querido mio, dijo á su hijo, «quisiera que estuviese aqui el padre Aubry; no sé qué paz sacaba del fondo de su corazón, pues «parecía que al paso que calmaba las borrascas, «no dejaba el mismo de experimentarlas; era la «luna en una noche tempestosa, á quien las «nubes errantes no pueden sobrepasar en su carrera; pura é inalterable, se adelantaba tranquila por encima de ellas. ¡Ah! por lo que á mí «toca, todo me turba y me arrastra.»

Hasta entonces habia estado oyendo la historia de René el padre Souel con un semblante austero y sin proferir una sola palabra. Tenia en su interior un corazón compasivo, pero manifestaba exteriormente un carácter inflexible: la sensibilidad del Sachel me hizo romper por último su silencio.

«Nada, dijo él al hermano de Amelia, nada «merece en esta historia la compasion que aqui «se os muestra. Yo veo un joven lleno de virtudes, á quien todo le desagrada, y que se ha «apartado de las cargas de la sociedad por engrearse á inútiles delirios. Señor, un hombre no es superior porque perece el mundo «hajo un aspecto odioso; nosotros solo aborrecemos á los hombres y á la vida, porque me vemos lejos lo distante. Extendid un poco mas vuestros miradas y os convenceréis bien pronto de que todos esos males de que os quejais son nada en su sustancia. Pero ¡qué oprobio el que no se pueda pensar en la única desgracia real de vuestra vida, sin que resalte la vergüenza! Toda la pureza, toda la virtud, toda la religion y todas las coronas de una santa, apenas hacen tolerable la idea de vuestras melancolias. Vuestra hermana ha expiado su falta; pero, si he de decir mi sentir, temo que por una espontánea «pasión el reconocimiento que salió de la tumba haya perturbado tambien vuestra alma. ¿Qué hacéis solo en lo interior de los bosques, donde consumís vuestros días despreciando todas vuestras obligaciones?—Me direis que ha habido santos que se han sepultado en los desiertos. —Aquellos estaban con sus lágrimas y conplaban en apagar sus pasiones el tiempo que

“vos perdeis en dar pávalo á las vuestras. ¡Jó-
“ven presuntuoso! ¿habeis creído que el hombre
“puede bastarse á sí mismo? La soledad es ma-
“la para el que no vive con Dios; rebobla las
“fuerzas del alma, al mismo tiempo que las quita
“todo motivo de ejercicio. Cualquiera que
“ha recibido algunas fuerzas, las debe emplear
“en el servicio de sus semejantes: si deja que
“sean inútiles, inmediatamente es castigado por
“una secreta miseria, y tarde ó temprano le en-
“via el cielo un castigo espantoso.”

Turbado todo con estas palabras, levantó René del seno de Chactas su humillada cabeza: el ciego Sachem comenzó á sonreírse, y aquella sonrisa de la boca, que no iba unida con la de los ojos, tenía alguna cosa de misteriosa y celestial. “Hi-
“jo mio, dijo el antiguo amante de Atala, él nos
“habla severamente; corrige al anciano y al jóven
“y tiene razon. Si, es menester que dejes ese
“extraño modo de vivir que no acarea mas que
“inquietudes; la felicidad se encuentra en los ca-
“minos trillados.

“Estando un día el Meschabece aun muy cerca
“de su origen, se cansó de ser tan solo un cris-
“tallino arroyo. Pidió nieves á las montañas,
“aguas á los torrentes, lluvias á las tempestades,
“y llegó á reunir un caudal inmenso. Traspasa-
“ra en breve sus riberas y sola su encantado-
“ras orillas. Jactóse luego el orgulloso arroyo
“de su poder; pero viendo que inmediatamente
“quedaba todo desierto, que corría abandonado
“en una grande soledad y que siempre estaban
“turbias sus aguas, lloró amargamente no solo
“el primero y el humilde lecho que habia forma-
“do la naturaleza, sino la pureza de su primera
“corriente, y los pájaros, flores, árboles y ar-
“royuelos amables, compañeros inseparables de
“sus aguas en tiempos pasados.”

Dejó de hablar Chactas y se oyó la voz del
flamante, que retirado en las cañas del Mescha-
bece, anunciaba una tempestad hácia el medio del
día. Levántaróse los tres amigos para volverse
á sus cabanas: René caminaba silencioso entre el
misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem
que buscaba su camino. Se dice que obligado
por los dos ancianos, volvió á habitar con su espo-
sa, pero sin hallar con ella la felicidad que bus-
caba. Percibió poco tiempo después con Chac-
tas y el padre Souel, en la mortandad de los Fran-
ceses y Natches en la Luisiana. Aun se mani-
fiesta allí una peña donde al ponerse el sol iba á
sentarse.



LIBRO QUINTO.

DE LO MARAVILLOSO, O DE LA POESIA EN
SUS RELACIONES CON LOS SERES SOBRE-
NATURALES.

CAPÍTULO I.

LA MITOLOGÍA MINORADA LA NATURALEZA: LOS
ANTIGUOS NO TERMIAN POESÍA LLAMADA PRO-
PIAMENTE DESCRIPTIVA.

Hemos hecho ver, en los libros precedentes,
que el cristianismo, mezclándose con las afeccio-
nes del alma, ha multiplicado los resortes dramá-
ticos. Ni aun una vez siquiera se empleaba el
politeísmo en los vicios y virtudes; estaba total-
mente separado de la moral. He aquí pues una
parte inmensa que el cristianismo abstrae mas
de la idolatría. Veamos además si excede en belleza
á la mitología en lo que se llama *maravillas*.

No se nos oculta que tenemos que combatir en
este particular contra una de las preocupaciones
mas antiguas de la escuela. Todas las autoriza-
das están contra nosotros, y se nos pueden citar
mas de veinte versos del Arte poética que nos
condenan.

¿Qué objeto finalmente
Mas digno de ponerse ante los ojos? etc.

Sea lo que se quiera, no es imposible sostener
que la mitología tan ensalzada, lejos de hermosear
la naturaleza, destruye sus verdaderos her-
mosos, y nos parece que en el día son de esta
opinión muchos literatos distinguidos.

El primero y mayor vicio de la mitología era
desde luego adorar la naturaleza y desterrar la
verdad. Es una irrefragable prueba de esto el
que la poesia que nosotros llamamos *descriptiva*,
fué ignorada de toda la antigüedad; los mismos
poetas que cantaron la naturaleza, como Hesiodo,
Teócrito y Virgilio, no han hecho *descripción* en
el sentido que tomamos aquí esta palabra. Nos
han dejado sin duda admirables pinturas de los
trabajos, costumbres y felicidad de la vida rús-
tica; pero por lo tocante á aquellas pinturas de
los campos, de las estaciones y de los accidentes
del cielo que han enriquecido la musa moderna,
apenas se halla un rasgo en todos sus escritos.

Es cierto que son excelentes aquellos pocos
rasgos, así como lo restante de sus obras. Cuando
Homero describió la gruta del ciclope, no la en-
tapizó de *lilas ni de rosas*; puso en ella *lavandas*
y *altos pinos*, como Teócrito. En los jardines de
Alcinoo hizo correr fuentes y florecer árboles úti-
les; en otra parte habla de la colina *acotada de*
los vientos y cubierta de higueros; representa el

1 Véase la nota 16 al fin de la obra.

humo de los palacios de Circe elevándose sobre
un bosque de encinas.

Virgilio usó en sus pinturas de la misma ver-
dad. Da al pino el epíteto de *armonioso*, por-
que tiene en efecto una especie de gemido suave cuan-
do le agita débilmente el viento; están comparan-
das las nubes en las Geórgicas á las vejigas de
lana arrolladas por los vientos, y en la Eneida
gorjean las golondrinas bajo la chimenea del rey
Evandro, ó pasan rasando los pórticos de los pala-
cios. Horacio, Tibulo, Propertio y Ovidio tien-
en tambien algunos dibujos de la naturaleza;
pero esto jamás pasa de un sombro favorecido
de Morfeo, de un valle donde debe bajar Citeres,
ó de una fuente donde descansa Baco en el seno
de las Náyades.

La edad filosófica de la antigüedad no mudó
cosa alguna á este estilo. El Olimpo, en el que
ya nadie creía, se refugió entre los poetas que
protegeron en retorno á los dioses que les habian
protegido. Stacio y Silio Itálico no se alejaron
mas que Homero y Virgilio en la poesia descrip-
tiva; solo Lucano dió un paso mas en esta carre-
ra, y se halla en la Farsalia la descripción de un
bosque y de un desierto cuyos colores se aseme-
jan á los modernos.

Finalmente, los naturalistas fueron tan sobrios
como los poetas, y siguieron poco mas ó menos
la misma proporción. Así es que Plinio y Colum-
ela, que son posteriores, describieron mas la na-
turaleza que Aristóteles. Entre los historiado-
res y filósofos se hacen notables por algunas her-
mosas pinturas y descripciones, Jenofonte, Tácito,
Plutarco y Plinio el jóven.

No se puede creer que unos hombres tan sen-
sibles como los antiguos no hayan tenido ojos pa-
ra ver la naturaleza y talento para pintarla: es
preciso pues que los haya cegado alguna causa
poderosa. Luego esta causa era la mitología,
que poblando el mundo de adornadas fantasmás,
privaba á la creación de su gravedad, de su gran-
deza y de su soledad. Ha sido preciso que vi-
niere el cristianismo á desterrar todos aquellos
rebales de faunos, sátiros y ninfas, para volver
á las grutas su silencio y á los bosques su entu-
siasmo. Los desiertos han tomado bajo nuestro
culto un carácter mas triste, mas general y mas
sublime; se ha elevado la cúpula de las forestras;
los rios han roto sus pequeños diques, solo para
derramar las aguas del abismo desde la cima de

las montañas, y entrando el verdadero Dios en
sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza.

El espectáculo del universo no podia hacer
percibir á los griegos ni á los romanos las emocio-
nes que difunde en nuestra alma. En lugar
del sol poniente cuyo rayo ya casi amortiguado
hiere unas veces las hojas de los árboles sombríos
y otras forma una tangente de oro sobre el arco
rodadero de los mares; en vez de estos acciden-
tes de luz que nos recuerdan cada mañana el mi-
lagro de la creación, solo veían los antiguos una
uniforme tramoya de ópera.

Si el poeta se paseaba por los valles del Taigete,
por la orilla del Esperquio, sobre el Menalo,
un estimado de Orfeo, ó por las campiñas de
Flora, á pesar de la dulzura de estas denomina-
ciones, no hallaba mas que fantos ni oía mas que
dríades: allí estaba Priapo sentado sobre un tron-
co de oliva, y Vertumno dirígida con sus esfíros in-
terminables danzas. Los silvanos y las náyades
pueden presentarse agradablemente á la imaginación,
con tal que no se reproduzcan muy á me-
nudo. No queremos

..... desterrar los tritones
Del imperio que han sobre las aguas,
Ni á Pan quitar su flauta, ni á las parcas
Sus tjeras enormes ocultarias....

Mas por último, ¿qué deja todo esto en el fon-
do del alma? ¿qué resultados trae para el cora-
zón? ¿qué fruto suministra al pensamiento? ¡Ah!
¿cuánto mas favorecido es el poeta cristiano en la
soledad en que Dios se pasea con él! Libres de
aquella multitud de dioses ridiculos que limita-
ban por todas partes los bosques, se les represen-
tan estos llenos de una diversidad inmensa. El
don de profecía y de sabiduría, el misterio y la
religion parecen que residen siempre en sus pro-
fundidades sagradas.

Internos en aquellos bosques americanos tan
antiguos como el mundo, y veréis, cuando estan
apaciguados los vientos, qué silencio tan profun-
do se advierte en sus retiros, qué voces desee-
noidas cuando el aire se llega á levantar. Estais
inmóvil y todo enmudece; daís un paso y todo
gime. Se acerca la noche, se espesan las tene-
blas y á su amparo se oyen andar manadas de
bestias salvajes; murmulla la tierra á vuestros
pasos; hacen bramar los desiertos algunos rayos;
se agita el bosque, caen los árboles, corre delante
de vuestros pies un río desecocido, por un últi-
mo sale la luna del Oriente. A medida que pa-
sais al pie de los árboles, parece que este astro
anda errante en su cima por delante de vos y que
sigue tristemente vuestras miradas. Se sienta el
viajero sobre el tronco de una encina para cap-
zar el día, mira sucesivamente al astro nocturno,
á las teneblas y al río: se siente inquieto, agitado
y como en espera de cierta cosa desecocida. Un
inaudito placer y un temor extraordinario hacen